

taba el Gobierno Republicano, ni lo aceptaría el Imperio de Maximiliano. Siendo parte de la Nación el territorio gobernado por Vidaurri tenía forzosamente que sufrir las consecuencias de la guerra.

En esta falsa situación se vio Vidaurri arrastrado hacia la contienda general, y desafortunadamente para él y para el país, por inercia, ocasionada por un mal entendido principio de neutralidad, su poder, su prestigio, todo, quedó subordinado a servir a una causa contraria a los ideales por los que había luchado con denuedo durante toda su vida política y militar.

Su agresividad, contenida en buena proporción por la lucha interna de su conciencia, le daba ánimo, no muy lúcido, para aumentar sus recursos de guerra. Envió carta circular a sus amigos y a las autoridades municipales informándoles de los últimos sucesos, y de sus propósitos de hacer frente "a la ruina que amenaza al Estado de parte de la desmoralización y vandalismo que acompaña la presencia del gobierno de la nación".

Ya en esta pendiente ordena a los presidentes municipales que, si algunas personas acuden a los pueblos a dictar o ejecutar órdenes del Gobierno Federal, sean aprehendidas.

Sin embargo, no muy seguro de sí mismo, envió a Juárez en comisión al Sr. Ignacio Basadre y al Gral. Pedro Hinojosa, portadores de un pliego en el que Vidaurri proponía su separación del gobierno del Estado, con la condición de que a nadie se persiguiera; que la oficialidad y la tropa quedaran en libertad de seguir en el servicio o retirarse.

Los comisionados fueron detenidos a las puertas de Saltillo por órdenes del Gral. Miguel Negrete, Secretario de Guerra, quien les comunicó que no serían recibidos por el señor Presidente. En esa situación hicieron entrega de la comunicación de Vidaurri.

La contestación la dio por escrito el Gral. Negrete por instrucciones de Juárez. En tono seco, enérgico, contundente se le decía a Vidaurri "que habiéndose rebelado contra el Gobierno Nacional para inodarse en el crimen de traición a la patria, y llevar adelante sus inteligencias y maquinaciones con el invasor extranjero... —no puede oír proposiciones de arreglo, ni aceptar más que la completa sumisión a la ley, sin condiciones de ninguna clase, que nunca son admisibles cuando se trata de la causa de la independencia de la República". Los comisionados fueron puestos en libertad llevando a Vidaurri la noticia de su definitiva eliminación de la causa constitucionalista.

Hago omisión de los pormenores que tuvieron lugar durante el tiempo transcurrido del regreso de Juárez a Saltillo y de su retorno a Monterrey. Por su categoría es de mencionarse el decreto expedido por Juárez el 26 de febrero disponiendo la separación de Nuevo León y Coahuila, lo que ocasionó a Vidau-

rri una depresión moral tremenda, acompañada de la pérdida económica que significaban los productos de la Aduana de Piedras Negras.

Como mi propósito es el de hacer referencia a la estancia de Juárez en Monterrey, no ahondo en todo cuanto se refiere a la época; pero tampoco es posible suprimir los elementos informativos que nos coloquen en condiciones de apreciar el panorama que prevalecía.

El día 3 de abril hace Juárez su entrada a Monterrey. El día anterior había desfilado por las calles engalanadas con gallardetes y banderas tricolores, el general Negrete, al frente de las tropas. El día 29 de marzo evacuó la plaza Vidaurri al frente de mil hombres armados. Su salida daba la impresión de quien se aleja sintiéndose derrotado. Por Piedras Negras se internó en Texas junto con Quiroga, dispersando a sus soldados, a quienes se les decía que estuviesen listos por si se necesitaban sus servicios.

Pero vamos a lo que ya puede llamarse visita, la que se prolongó hasta el 15 de agosto.

Encuentra Juárez en Monterrey un ambiente acogedor. Su entrada la hace en medio de las aclamaciones del pueblo, que ha decidido en forma radical su simpatía por quien representa la integridad nacional. Se desvanece más rápidamente de lo que podía suponerse la admiración que existía hacia Vidaurri. No se escuchan los acostumbrados "muera" para el caudillo que huye; pero se acrecienta día a día el divorcio entre él y el pueblo que lo admiraba.

El licenciado José Ma. Iglesias, ministro juarista, a partir de 1862 redacta crónicas de cuanto sucede en el país y en el extranjero sobre la Intervención Francesa. Bajo el título de "Revistas Históricas" son publicadas y distribuidas en la mejor y más amplia forma posible. Sobre la entrada de Juárez a Monterrey dice:

"Para reorganizar la administración pública en Nuevo León, el supremo gobierno ha venido del Saltillo a Monterrey, donde se le ha recibido con positivo entusiasmo, esmerándose la población en las demostraciones de regocijo con que ha solemnizado la llegada del primer magistrado de la nación. Las autoridades y varios de los principales vecinos salieron a recibirlo a una legua de distancia de la ciudad. Las casas estuvieron adornadas, de día con cortinas, y con luces por la noche. En el tránsito para palacio, de muchos balcones arrojaron las señoras flores y ramilletes. Los aplausos, los vivas, la alegría popular, demostraron la espontaneidad de la recepción, bien distinta de

las que proceden de órdenes oficiales. El ayuntamiento y el vecindario dieron al presidente y sus ministros, en el teatro del Progreso, un baile de obsequio, al que concurrieron todas las familias principales de la ciudad. En resumen, nada ha quedado por desear de cuanto pudiera apetecer el más exigente, como testimonio de la satisfacción causada a los habitantes de la capital de Nuevo León por la caída de su tirano”.

Se dedica Juárez a planificar y ejecutar todo cuanto corresponde a la alta misión que desempeña. Dicta órdenes para el aprovisionamiento de armas y parque que mantengan en condiciones combativas a los numerosos contingentes que sostienen en pie la soberanía nacional.

Mantiene comunicación constante con los generales republicanos Jesús González Ortega, Porfirio Díaz, Patoni, Escobedo, Naranjo y Treviño, con Berriozábal, Negrete, Cortina, Hinojosa y decenas más de republicanos que combaten denodadamente contra el invasor, unas veces con suerte adversa y otras en memorables victorias. Todo ello constituye para Juárez una preocupación que llena sus actividades día y noche y alienta su espíritu que jamás se doblegó ante la defección de algunos de sus amigos y valientes correligionarios, ni ante la superioridad numérica y combativa del enemigo, durante los tres primeros años de la contienda.

En las noches veraniegas, de intenso calor, gustaba Juárez pasear en la Plaza Zaragoza, acompañado de algunos de sus ministros y de vecinos distinguidos de Monterrey.

El clima ardiente, refrescado levemente por las corrientes de aire escapadas del cañón del Huajuco, apenas si daban un ligero alivio. Se imponía andar en camisa; pero Juárez, imperturbable, como si a él no le hiciera mella el calor, andaba con su pesado atuendo. Saco recto, chaleco, y pantalón de casimir color negro.

Cierto que la presencia de Juárez no era distinguida por lo que hacía a su estatura, garbo, color de la piel; pero tampoco impresionaba por fealdad o desarreglo en el vestir, como lo pinta en uno de sus romances don Guillermo Prieto:

*Se ve al licenciado Juárez  
con su figura plebeya,  
sombbrero de anchas alas,  
raída y grosera chaqueta,*

*pantalones azul claro  
que al empeine no le llegan,  
con una faja de lana  
que los detiene y sujeta  
y que valuando con garbo  
no valdrían dos pesetas.*

Pobre figura la de Juárez descrita en forma tan zahiriente. Le ajustaba mejor el cuadro al mismo romancero. Sabido es que a Prieto lo tenía sin cuidado el aliño: era despreocupado tanto en su atuendo como en su físico; siempre traía la cabellera alborotada, la barba que cubría las mejillas sin orden, con los anteojos cabalgando en las narices, los zapatos empolvados, todo lo cual le daba la apariencia de un amable vagabundo, de buenas maneras, sonriente, bondadoso y con la frase picante a flor de labio.

Era don Guillermo Prieto de los más asiduos acompañantes de Juárez, en esos paseos por la Plaza Zaragoza. Alto él, de mediana estatura Juárez, caminaban lentamente. Para Juárez la compañía de Prieto le era agradable porque con sus ocurrencias le hacía olvidar, aunque fuese por momentos, los graves problemas que afrontaba.

¡Qué distinta la compañía del Lic. José María Iglesias! Serio, circunspecto, de magnífica presencia, bien peinado, arreglada la barba de candado, intensamente negra, con sus lentes bien colocados y limpios, no daba reposo a Juárez, hablando de los asuntos hacendarios con machacante insistencia, y no le faltaba razón pues se carecía de todo, y ya lo decía Napoleón: para la guerra se necesita dinero, dinero y dinero.

En don Sebastián Lerdo de Tejada la conversación debía contener una buena dosis de filosofía y de historia. No se habían estudiado a fondo, según él, las causas determinantes de la Revolución Francesa, ni se habían fijado los alcances filosóficos de la libertad de creencias, ni de la estructura social del capitalismo.

Terciaba en estas disquisiciones el Lic. Manuel Z. Gómez, siempre atento a lo que exponían los ilustres acompañantes de Juárez, entre quienes hay que agregar al Gral. Doblado, Suárez Pizarro, Gamboa y licenciado Pedro Santacilia, yerno de Juárez.

Solían también agregarse a la comitiva intelectuales de la ciudad y miembros del Ayuntamiento, como el doctor José Eleuterio González, licenciado Manuel Z. Gómez, don Vidal de la Garza Mireles, don José Ma. de la Garza, don Pedro Elizondo, don José de Jesús Benítez, don Jesús Ma. Benítez y Pinillos, licenciado Lázaro Garza Ayala, don Juan C. Doria, don Pedro Mar-

tínez. Muchos de ellos se distinguieron posteriormente, combatiendo a los invasores.

Con más frecuencia de lo deseado se hablaba de Vidaurri. Para Juárez esas evocaciones le causaban gran molestia. Aún cuando en su semblante no se reflejaban sus íntimos sentimientos era notorio que prefería cambiar de tema. Tal parecía que le hacía daño en su espíritu recordar que había perdido, más que a un colaborador de altura, a uno de sus más queridos y admirados amigos. No podía olvidar las finas atenciones que tuvo para su esposa doña Margarita Maza y para sus hijas, cuando residían en Saltillo, a pesar de la tirantez de relaciones existentes entre ambos.

En cuanto a su esposa y a sus hijas: Manuela, Felicitas y María de Jesús, mantenían amistad con familias distinguidas de la ciudad, y especialmente con las hijas del general don Ignacio Comonfort, Clara y Adela, que residían en Monterrey bajo la atención de Vidaurri.

Puede sintetizarse la estancia de Juárez en Monterrey como el toque más acentuado de las desventuras, y como el yunque en que se fraguaron los caracteres de quienes, a nombre de la independencia de la Patria, se entregaron sin reservas a su servicio.

La inquietud de don Guillermo se manifestaba especialmente en su sensibilidad poética, de ahí que, apenas apaciguados los dolores lumbales, ocasionados por las interminables caminatas, buscara y encontrara la forma de publicar algún pasquín, que le sirviera de tribuna pública para desahogar algo de lo que bullía en su cerebro y de lo que destilaba su generoso corazón.

Y salió a luz el periodiquillo *El Cura de Tamajón*. Los tiempos eran propios para las tragedias, para las meditaciones profundas; pero en don Guillermo la vida escondía entre las penas motivos de satisfacción, lo que procedía era olvidar lo uno y exaltar lo otro. A la tristeza se le combate con la alegría, a la nostalgia con la esperanza, al dolor con el estoicismo.

Tales pensamientos normaban la mente y la acción del poeta, y en versos picarescos y prosas incisivas moldeaba dardos venenosos contra los enemigos.

¿Que venían cediendo terreno a los franceses?, cierto, la situación de las armas así lo exigía; pero a mayor extensión de territorio que cuidar, mejores condiciones para atacar. Además, bien sabido es que los viajes ilustran, y en el caso, obligados por la presión del enemigo, llegaban a pueblos que en otras condiciones tal vez no hubiesen visitado, y lógicamente, argumentaba don Guillermo como estribillo machacante, no hubieran tenido la oportu-

unidad de estrechar la mano de los amigos, de hablar con ellos, de imbuirles la fe que irradiaba la persona de don Benito.

Aquí tienen ustedes, decía don Guillermo, en una de esas reuniones de amigos, opinamos sobre los problemas graves y triviales que nos interesan, cambiamos impresiones sobre los errores cometidos, y alentamos esperanzas confiadas en los aciertos, que no son pocos, ¿cómo haríamos cosa semejante a distancia?

El poeta metido a dómine; pues como profesor de historia y literatura estaba acostumbrado a la cátedra, al grado de que en donde se reunía con más de dos personas pronto se calaba los anteojos, se pasaba la diestra por la enmarañada barba, y disertaba con tono académico sobre los más disímolos temas, sin perder las buenas maneras del caballero, ni la sonrisa bondadosa con que adornaba sus charlas.

Este personaje, emotivo, patriota, desinteresado, constituía en la comitiva presidencial un factor de inestimable valor. Camino a Chihuahua, después de abandonar Monterrey pernóctó Juárez en Noria de Pedriceña, Durango. Vale la pena transcribir un párrafo de las *Revistas Históricas* del licenciado José Ma. Iglesias. Puede apreciarse en esos renglones, escritos en momentos críticos para el Gobierno Republicano, el alma cristalina y recia de aquellos varones que jamás pensaron en la derrota:

“En la Noria Pedriceña se celebró, en la noche del 15 de septiembre, el fausto aniversario de la proclamación de la independencia mexicana. En la capilla del pueblo, que servía de alojamiento al batallón de Guanajuato, pronunció un improvisado y elocuente discurso el C. Lic. Manuel Ruiz, y enseguida habló también el presidente de la República, cuyas sentidas palabras conmovieron a los concurrentes.

“El día siguiente se pasó a la hacienda del Sobaco, donde también se celebró en la noche el aniversario patriótico que recuerda aquella fecha memorable. Fue el orador el C. Guillermo Prieto, quien en un corto rato escribió un discurso lleno de poesía y ternura. La solemnidad del acto fue grandiosa por su misma sencillez. Las montañas que limitaban el horizonte se elevaban majestuosas, como testigos mudos de aquel imponente espectáculo. La luna, saliendo de entre unas nubes que la habían ocultado poco antes, rielaba sobre el Nazas, que corría a poca distancia. El cuadro de los concurrentes, formado junto a la puerta de la hacienda, se componía del gobierno, de la escasa comitiva que lo ha acompañado en su tercera peregrinación, de los soldados del batallón de Guanajuato y del cuerpo de carabineros a caballo, fiel escolta del supremo magistrado de la nación, y de los sencillos habitantes de la hacienda, que por primera vez sin duda asistían a un acto semejante. Después del discurso, entonaron los soldados canciones

patrióticas, con las que alternaban danzas populares y representaciones alusivas a las costumbres de los indios bárbaros”.

El ambiente campirano, el convivir con las gentes humildes, sirvió a don Guillermo Prieto para afinar aún más sus sentimientos. Había en él todo cuanto constituye el fondo emotivo, creador y de ensueño del poeta. Nació poeta, y con este trajinar cerca de los pobres, de los que carecen hasta de lo necesario para la vida, almacenó conocimientos y arraigó en su corazón un gran amor por los desvalidos, de donde surgieron sus poemas, y las páginas sentimentales de sus memorias.

Cuando alrededor de una mesa se reunía Juárez con sus ministros cambiaba la situación. De oyente se convertía en expositor. Era común que en los graves problemas, después de escuchar las opiniones de sus consejeros y amigos expresara sus puntos de vista, con la medida y la energía con que acostumbraba producirse. Se le oía con respeto y se le acataba, no siempre de buena gana; pero con la convicción de seguir y obedecer a quien acepta sin reservas la responsabilidad de sus actos, y es capaz de llegar al sacrificio incluso de la vida.

Convertido el recinto oficial del Estado en Palacio Nacional —esquina suroeste de Morelos y Escobedo— cobraba el modesto edificio inusitada categoría. Desde los ministros, funcionarios del Estado y generales, hasta los particulares, al entrar al palacio adoptaban respetuosa actitud, que se acrecentaba en presencia de don Benito Juárez, encarnación viva de los más sagrados intereses de la Patria.

En suma, la estancia de Juárez en Monterrey constituyó para él una dura prueba; pero al mismo tiempo le sirvió para darse cuenta exacta del material humano de aquí. A excepción de Vidaurri y de Quiroga, los más destacados hombres de acción, respondieron con firme adhesión a los principios nacionalistas.

Puede mencionarse en primera línea a los militares: Mariano Escobedo, Jerónimo Treviño, Francisco Naranjo, Lázaro Garza Ayala, Pedro Martínez, Juan C. Doria, José S. Aramberri, Ruperto Martínez y Pedro Hinojosa.

Pronto se hizo sentir la acción de estos patriotas. Empeñados en una guerra sin cuartel no daban descanso a sus actividades, incursionando por Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, en admirable coordinación que les permitió conquistar grandes y decisivos triunfos.

Mi buen amigo y compañero de aficiones históricas don Apolinar Núñez de León, me ha referido una sencilla anécdota, que él a su vez escuchó de personas ligadas a los acontecimientos relacionados con la estancia de Juárez en Monterrey.

Un estudiante de derecho, de esos con título de “destripado”, se acercó a don Benito en súplica para que se le diera una nueva oportunidad.

Juárez lo interroga: “joven ¿qué es derecho? ¿Qué es justicia? El estudiante, perplejo, dirigió la vista al cielo como en señal de inspiración para contestar dichas preguntas. Tardando mucho tiempo en hacerlo, uno de los circunstantes interviene y le dice al señor Juárez: Vea usted, señor Presidente, el joven anda buscando la justicia en el cielo, temeroso de no encontrarla en la tierra”.

Don Benito, dándose cuenta del aturdimiento del estudiante, quiso estimular su audacia. Con gesto amable ordenó al licenciado Santacilia que procediera de acuerdo con los deseos del joven a quien, como despedida, le dijo que esperaba saludarlo como compañero en plazo no lejano.

Paseando el Presidente Juárez en la plaza Zaragoza, sin más acompañamiento que la luz de la luna, ensimismado en sus pensamientos, se le acercó un individuo de aspecto humilde y caminando a su lado le dijo: señor Presidente, lo importuno solamente para escuchar su voz, perdone mi imprudencia. Sin detener Juárez la caminata dirigió una rápida mirada al individuo dándose cuenta de que se trataba de una persona ingenua, pero de buena fe, y sin tardanza contestó:

Mi voz es como cualquiera otra, aunque a veces no se le quiere escuchar; pero seguiré hablando a las conciencias de los hombres para que luchen por la independencia y por la libertad.

El interlocutor, que resultó ser un modesto impresor, sin salir de su asombro al ser complacido en forma tan elocuente, trató de besar la mano de Juárez, lo que éste no le permitió diciéndole: no, eso no, usted y yo somos iguales, bese a su mamá, a su esposa y a sus hijos.

Al día siguiente en la ciudad no se hablaba más que de este incidente.

057718